

rayos á la luz purísima y brillante del sol, mientras que las sublimes espartanas, atentas é impasibles, no apartan los ojos del fiero espectáculo. Un momento más de lucha, y cuando las trompetas persas en jubilosa clarinada anuncian la victoria, y Marte ciñe las frentes de los vencedores con los simbólicos laureles del triunfo, y los vencidos esforzados exhalan el postrer aliento en defensa de su patria, las bravas, las augustas, las gloriosas espartanas, se cogen de las manos y en círculo macabro, empiezan á bailar la danza de la muerte, al rededor del negro abismo, en que circundadas de gloria van despeñándose una á una con sus tiernos hijos, envueltas todavía por el humo del combate, que presenta un cuadro létrico y sombrío.

Espectáculo semejante desarróllase en la montaña enhiesta del norte de Chiapa; tal parece que el alma de los intrépidos espartanos alentase en los cuerpos de aquellos valientes que, con su sangre, defienden lo más caro para ellos: su libertad sagrada. Escogen ese sitio para ellos tan conocido, porque en él creen y con justicia, poder oponer mayor y más heroica resistencia: Mazariegos y sus aliados los siguen hasta allí, donde el choque de los sables con las típicas macanas se hacía inevitable. En lucha desigual la opresión con el derecho, la libertad y la tiranía, los «Chiapaneses» sostienen invencibles por varios días, en que las armas españolas más poderosas que las suyas, perseveran en su labor inicua de exterminio que al fin tiene éxito, porque, el valor que siempre glorifica y diviniza, no siempre triunfa, haciendo justicia á los héroes. En esta vez, y cual Cuauhtémoc, que irónico y valiente, arrebató á Martín el puñal que lleva al cinto y con el cual desea la muerte, pues vida ya no quiere si no ha de emplearla en la defensa de su pueblo, contemplan como una suprema y bella esperanza de muerte gloriosa, el caudaloso Grijalva que, cual cinta de plata, serpea inquieto y constante por entre riscos y breñales. Como todo esfuerzo tiene un límite y la victoria sonreía á los españoles, y más heroicos antepasados no podían combatir más, pues como dice el padre Remesal, su cansancio y agotamiento eran tales que llegó á hacerse hasta imposible el movimiento de sus brazos; firmes en sus propósitos de vencer ó morir con gloria y de no aceptar nunca el dominio de la corona de España y prefiriendo á la vida de parias y de esclavos, una muerte espartana digna de epopeya, arrojáanse con sus hijos y mujeres en número crecido al negro y profundo abismo limitado por las rocas (unidas hoy por el hermoso puente «Porfirio Díaz» de reciente



Puente Porfirio Díaz sobre el río de Chiapas.

inauguración) y en cuyo fondo, formado por las tumultuosas ondas del impetuoso río, encuentran, para ejemplo de patriotismo y heroicidad, que la posteridad contempla y admira, tumba de espumas.

A los que sobrevivieron á este heroico acontecimiento, que fueron más ó menos en número de dos mil, como prisioneros del vencedor, les fué señalado por éste, un sitio á una legua abajo del río para que se establecieran y fundasen el pueblo que según el historiador Remesal, es hoy la ciudad de Chiapa; fundado este pueblo, continuó su marcha hacia el oriente deteniéndose á una legua también, en donde con el auxilio de algunos indios que construyeron algunas casas, se fundó la Villa que denominó «Villa Real» en recuerdo de su patria, Ciudad Real. Declarada por Mazariegos la fundación de esta Villa, hecho el nombramiento de alcaldes, alguaciles, etc., mandado poner en la plaza pública una picota y en un cerro la horca, aparatos ambos de madera en que «se haría ejecutar la justicia,» se procedió á convocar á todos sus pobladores para que, como vecinos de ella, se hicieran asentar en los libros del Registro. Aceptados los que en número crecido solicitaron tal gracia y pasada esta formalidad que constituía, con la convocatoria anterior, los actos verdaderos de la fundación de toda ciudad y no deseosos de continuar en aquel lugar que por sus malas condiciones, era impropio para establecerse en él indefinidamente, volvieron á continuar su marcha hacia la misma dirección, en busca de un paraje mejor, sin que, como refiere la historia, «háyase quedado uno atrás.»

El 31 de Marzo del mismo año de 1528, hicieron alto en un extenso llano llamado por los indios «Güicizacatlán» á dos leguas de Zinacatlán, en el que por su buen clima, su vegetación exuberante, y sus cristalinas aguas, resolvieron establecerse para siempre, poblando la Villa que podemos decir, fué fundada formal y temporalmente tan sólo con el nombre de Villa Real, en el sitio anterior á una legua de Chiapa. Resuelto así el problema de su